

«HISTORIA DEL FRANQUISMO (1945-1975)»

El profesor Ricardo de la Cierva, destacado propagandista del franquismo y actualmente converso a la democracia, nos ofrece la segunda parte de su «Historia del franquismo», que inició en 1975. Este segundo volumen, subtítulo «Aislamiento, transformación, agonía», abarca treinta años: los que van de 1945, fecha del aislamiento internacional, hasta 1975, en la que el senador por Murcia de UCD, considera fin del franquismo por muerte de su fundador, el general Francisco Franco.

Este segundo volumen (Editorial Planeta. Barcelona, 1978, 522 páginas) contempla un aspecto diferenciador con respecto al primero: las loas y botafumeiros al sistema franquista y a su dictador han desaparecido radicalmente. ¿Qué ha sucedido en tan corto espacio de tiempo que va de la publicación del primer volumen al segundo? Sencillamente, la caída en picado de un sistema totalitario, cuya defensa no interesa a los que aspiran a ocupar cargos en la nueva situación y que, además, desean lavar un pasado no democrático a base de denigrar la memoria del que en su día tan generosamente les acogió. No hay que olvidar que el profesor de la Cierva ejerció durante cierta época la tarea de censor de libros desde su cargo de director general de Cultura Popular (sic.) del Ministerio de Información y Turismo. En este aspecto ético, son más respetables otras actitudes públicas de personajes como José Antonio Girón o Blas Piñar, que han mantenido hasta sus últimas consecuencias posturas ideológicas que sostuvieron ayer y que siguen sosteniendo hoy. Otra cuestión es que se esté o no de acuerdo con ellos. Aquí sólo se señalan comportamientos éticos y morales, dejando aparte creencias políticas concretas.

Estos vaivenes intelectuales de Ricardo de la Cierva ya fueron venteados en su día por otros historiadores,

como es el caso del profesor Sergio Vilar, y por eso no vamos a insistir en un tema ya suficientemente conocido por todos.

En este segundo volumen se ponen de manifiesto las filias y las fobias del profesor de la Cierva, utilizando a la Historia como ariete descalificador de personas y movimientos políticos que no le son afines. La pretendida objetividad —¿ha existido alguna vez la objetividad en el campo histórico?— del citado autor brilla por su ausencia. ¿A qué vienen los sistemáticos y repetidos ataques a Rafael Calvo Serer, para poner sólo un ejemplo? Realmente uno no acaba de entenderlo. Se puede estar o no de acuerdo con las actitudes ideológicas de ciertos personajes públicos, pero lo que cabe esperar de una persona que intenta titularse demócrata es el respeto a las ideas políticas de sus adversarios y no el insulto rayano en la chabacanería más rampolona. Mal asunto es en un profesor de historia que se precie como tal el utilizar a esta ciencia como receptáculo de manías temporales que nada tienen que ver con esta disciplina. El autor parte de la tesis de que el 20 de noviembre de 1975, con la muerte del dictador, se acabó el franquismo. Pienso que todavía no se contempla la suficiente perspectiva histórica para asegurar tan rotundamente tal teoría. Porque en pleno 1979 vemos que los franquistas siguen estando en el poder. Sólo

hay que cambiar el nombre de Movimiento Nacional por el de UCD. Como diría un castizo «son los mismos perros con distintos collares». Lo que sucede es que algunos franquistas para sobrevivir no han tenido más remedio que convertirse a la democracia, lo que, por otro lado, es saludable, pero es necesario advertirlo para no engañar a nadie.

Aparte, estos defectos de fondo, en el citado segundo volumen de esta «Historia del franquismo» van una inmensa cantidad de datos e informaciones que, por su indudable cercanía con el poder, el profesor de la Cierva ha ido amontonando página tras página. Esto en sí es positivo, dado que cuando en un próximo futuro otros historiadores afronten la redacción de una auténtica historia del franquismo, sin filias y sin fobias y con la suficiente perspectiva temporal e histórica, el camino recorrido será importante, aunque habrá que comprobar cuidadosamente las aseveraciones de Ricardo de la Cierva e incorporar otras previamente desechadas u omitidas por el autor.

El aporte fotográfico y los índices onomástico y bibliográfico son impecables, aunque este aspecto hay que anotar en la cuenta de los directores de la colección «Espejo de España», que mantienen así una línea editorial iniciada eficazmente desde el primer momento. ■ JOSEP CARLES CLEMENTE.

CARTA DE FRANCO A VIZCAINO CASAS

Libro polémico éste (1), puesto que va contra corriente. Es decir: sale al paso de tanto jolgorio literario en torno a «cambios de chaqueta», «resurrecciones» y otros entretenimientos pseudohistóricos a cargo del amanuense de turno. Merece nuestro cálido aplauso este escritor que, **en su línea de siempre**, nos ha brindado esta incisiva carta. En ella,

(1) Zaragoza, Cristóbal: «Carta de Franco a Vizcaino Casas». Plaza Janés Editores, Barcelona, 1978.



dotando a cierta voz de un descarado timbre autocrítico, ya no repiquetean por el espacio los ecos de la palabra grandilocuente —de imperialismos de opereta—, ni los de la palabra divina —al servicio del mercader del día—, ni los de la palabra infamante —cortina de humo encubridora de abominables fechorías propias—, sino que se dispara una auténtica traca de palabras claras, contundentes, oportunas. Son los ecos de una voz antigua: la voz recia de un pueblo al que los neofranquistas, por boca de gansos embuchados por el franquismo, siguen empecinados en apubullar y en sumir de nuevo en el desconcierto y en la desesperación.

Es una réplica directa a ciertos autores que saben muy bien de qué pie ha cojeado en todo momento la fauna política de este país, pero que no titubean en utilizar la confusión para ensartar mofas y sarcasmos, cuando no calumnias, contra un pueblo —el nuestro— que siempre supo derrochar valor y generosidad. Al menos cuando defendía causas nobles. Ahora resulta muy cómodo criticar al prójimo —y mejor si está muerto—, cuando, medrando en una situación concreta e inequívoca —la franquista— faltó gallardía para enfundarse la chaqueta-sahariana de rigor, como correspondía. Menguada autoridad moral puede esgrimirse, en tales casos, para echar en cara a los demás su volubilidad. Y esto, poner los puntos sobre las íes, lo ha logrado, de punta a punta, Cristóbal Zaragoza con su libro. ■

EDUARDO PONS PRADES.



CRISIS POLITICA Y VIOLENCIA SOCIAL EN EL MEXICO INDEPENDIENTE

No parece arriesgado afirmar que la serie de monografías sobre el pasado mexicano que viene publicando la editorial Fondo de Cultura Económica se ha convertido en una obra de tono renovador. Esta nueva historia no es atributaria de temas de carácter exclusivo, en tanto que muchos de los problemas que atraen la atención de los estudiosos que en ella colaboran también interesaron a la historiografía tradicional. Pero muchos de esos temas han sido tratados, o reelaborados, recurriendo a nuevos métodos de análisis y a modernas técnicas para el tratamiento del material histórico. Claro que las nuevas corrientes historiográficas, si bien revelan extraordinarias posibilidades para formular preguntas al pasado, no se hallan libres de peligros. La versión de la historia serial, la enfatización de un enfoque estructuralista subrayando el discurso histórico a largo plazo, conlleva la dificultad de resolver la inevitable latitud que esta misma concepción representa. La respuesta a las incitaciones de una tal elección —ha de ser encauzada entre múltiples opciones alternativas— corre a cargo del investigador y su capacidad para procesar los datos y elaborar los «cuadros» capaces de esclarecer los tramos por donde discurre el acaecer histórico. También existe el riesgo de caer en planteos esquematizantes y, por consiguiente, simplistas cuyo resultado suele ser uno de esos productos tan hipotéticos como poco atendibles desde el punto de vista científico. Pero señalemos que la obra que hoy comentamos (1) prestigia la colección por la importancia y la objetividad de los resultados que nos ofrece su autor. La masa documental manejada y la incorporación de cuadros explicativos, tablas estadísticas y apéndices, permiten pasar con faci-

(1) HAROLD D. SIMS, *La expulsión de los españoles de México (1821-1828)*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

lidad del plano de la descripción minuciosa de los hechos a la explicación histórica con la valiosa ayuda que proporciona esta información cuantitativa. Centrando la atención en el núcleo esencial de los problemas que presenta un periodo de difícil estudio, el libro repasa los aspectos de la realidad mexicana que impulsaron el decreto de expulsión de los españoles, así como las consecuencias que para esta misma realidad acarreó el cumplimiento de tan dura medida. El investigador tiene presente que: «México se encontraba desgarrado entre los dos polos de su realidad: el orden colonial, del cual los españoles eran un recuerdo vivo, y el nuevo orden republicano.» La historia es materia viva, y el trabajo del autor pone al descubierto la serie de factores que, por debajo de la enconada lucha entre los dos sectores de la masonería mexicana predominantes en ese periodo, se amalgamaron hasta proporcionar el pretexto utilizable por el partido nacionalista. No eran solamente los temores de los nativos al peligro potencial que representaba la colonia española en el proceso de gestación del país independiente, sino que estaban también los prejuicios populares que atribuían a los «gachupines» la inestabilidad económica que aquejaba a la República; los recuerdos muy recientes de la sociedad colonial y la sospecha, más tarde corroborada, de que algunos españoles conspiraban contra el gobierno. Así, pues, el movimiento expulsionista de 1827 estuvo dirigido contra un sector representante del orden colonial y que mantenía su posición de predominio económico en la nueva sociedad mexicana. La importancia del núcleo español no residía en su número, como señala acertadamente Harold D. Sims, puesto que la cifra más recibida y verificada por su investigación los situaba en unas 6.610 personas, y tampoco en la presión política que podían ejercer directamente, puesto que habían sido desplazados por los criollos en las instituciones republicanas, sino que: «...lo cierto es que su posición económica y social seguía manteniendo una tendencia muy similar a la que exhibía en la estructura colonial».

La estructura federal no auguraba un porvenir apacible para los españoles, puesto que existían motivos más que suficientes para temer la pérdida de control sobre las provincias por